

Una gota de sangre

Thomas Holland

Traducción de Isabel Blanco González



Para MSH

¿Cómo puede un hombre escapar de sus ancestros o apartar de sus venas la gota negra que extrajo de las vidas de su padre y de su madre?

R. Waldo Emerson,
Conduct of Life, «Fate» (1860)

Prólogo

Provincia de Quang Nam, República de Vietnam

Jueves, 6 de octubre de 1966

Él podía olerlos.

Cuando llegó por primera vez a Vietnam, los veteranos le dijeron que se podía olerlos, pero él no los creyó. Él no podía. ¿Cómo podía nadie oler nada? Uno lo olía todo. Y siempre era lo mismo: humo, pescado, comida pudriéndose, plantas en descomposición; agrio, todo era agrio.

Ahora el veterano era Jimmie Carl Trimble. Once meses en el país, a los diecinueve años, y ya era un veterano. Por fin podía olerlos. El olor a humo y a pescado y a comida pudriéndose seguía ahí, pero su sentido del olfato podía distinguir con más sutileza: la esencia avinagrada del sudor, el hedor del miedo, el agrio olor a musgo de la ropa de algodón sin lavar.

Porque o lo olía, o moría.

Y Jimmie Carl no había muerto... o, al menos, no había muerto en Vietnam.

La misión, supuestamente, iba a ser de lo más sencilla, y sin embargo estaba escrito que todo saldría mal. Tenían que llegar, desplazarse desde unas coordenadas del mapa hasta otras coordenadas del mapa, y esperar allí nuevas instrucciones. Pero Jimmie Carl había vivido ya las suficientes y estúpidas misiones de esas como para saber que las instrucciones eran casi siempre las mismas: volver al punto de partida y no hacer ninguna maldita pregunta. Y aunque obviamente se estaban aventurando en territorio de la India, los tipos de Inteligencia aseguraban que, supuestamente, no había malos en el trayecto de ida y vuelta, que era, por supuesto, donde resultaron estar los tipos malos. Malos y en gran número.

Era poco más de mediodía. Los hombres, alterados en más de un sentido, reptaban y daban vueltas por el prado de gramíneas que les llegaba a la cintura. Habían estado caminando durante más de una hora, abandonado finalmente la protección natural que les proporcionaba la espesa masa de eucaliptos para verse por fin en campo abierto. El pegajoso calor surtía ya su efecto, y eso preocupaba a Jimmie Carl; tanto como para dirigirse a la primera columna para hablar con el teniente. Como médico, era responsabilidad de Jimmie Carl observar de cerca a los hombres en busca de síntomas de un golpe de calor, de deshidratación o de cualquier otra cosa que pudiera desgastar al pelotón. Le había estado diciendo al teniente que tenían que aminorar el paso y volver a formar o, en caso contrario, tendrían muchos problemas. Y fue entonces cuando los atacaron. El ataque cayó exactamente en el centro, partiendo la ya dispersa columna en dos coágulos sangrientos de pura confusión. Los hombres rezagados de la retaguardia, incluyendo al suboficial sénior del pelotón, murieron todos en los primeros treinta segundos.

El joven teniente había demostrado una tremenda madurez bajo el fuego cruzado, y con gestos, gritos y órdenes, se las había arreglado para volver a reunir a sus corderos perdidos en un nudo defensivo desde el cual pudiera valorar la situación. Su única oportunidad de supervivencia era la línea de árboles. La decisión era sencilla. El teniente inició la retirada en dirección al punto de aterrizaje. Tomó la decisión en medio de la endiablada carrera por campo abierto. Jimmie Carl cerraba la marcha. Fue entonces cuando Chester Orel Evans, soldado de a pie, que corría justo delante de Jimmie Carl, recibió un único disparo de una AK-47 cerca de la cintura. Sonó un golpe débil, como el de una palmada con las manos mojadas, y el hombre se derrumbó inmediatamente, como si su cuerpo hubiera perdido la inercia al cortar el delicado hilo que lo mantenía con vida. Se desmoronó como un saco de patatas. El médico hincó la rodilla junto al joven e inspeccionó la herida, metiendo los dedos índice y corazón en el agujero.

Era mortal.

Le había entrado una sola bala por la espalda, justo por debajo del riñón derecho. Se trataba de un pequeño orificio circular que en parte se había cerrado ya él solo y que apenas sangraba. Por delante, sin embargo, por el dentado agujero por el que había salido la bala, ligeramente a la izquierda del ombligo, la contusión había licuado todo lo que había encontrado a su paso. Jimmie Carl le inyectó una solución de morfina y lo miró a los ojos. En general, en esos casos, les pintaba a los heridos una «M» mayúscula en la frente con mercromina para advertir a los médicos del puesto de primeros

auxilios de que se les había suministrado morfina, pero en esa ocasión no se molestó. El herido no llegaría tan lejos. Jimmie Carl taponó la herida con un pedazo grueso de gasa y se quitó el cinturón para atárselo con fuerza por la cintura, tratando así de evitar que se le salieran las entrañas hasta que pudiera llevarlo a un sitio mejor donde morir.

¿Un sitio mejor donde morir?

Jimmie Carl sabía que debía abandonar a Evans para reunirse con el resto de los hombres, que estaban cerca ya de la protección de los árboles. Evans estaba muerto; simplemente no había dejado aún de respirar, y nada iba a cambiar eso. Y, por otro lado, el teniente y el resto de los hombres, fueran muchos o pocos, necesitarían su ayuda.

Jimmie Carl sabía todo eso, sí, pero también sabía que daba igual. Aquel era el día de su expiación. Era el momento, el cristalino instante en el que se te ofrece la oportunidad de dejar atrás todos tus errores y ponerte a buenas con Dios. Jimmie Carl no iba a ninguna parte. No iba a abandonar a Evans.

Se cargó al joven soldado de a pie a la espalda, por encima del hombro, y recordó la serie de cráteres de bombas dispersos por el camino por el que la tropa había pasado en su recorrido desde el punto de aterrizaje, antes de ser atacados. Eran su mejor modo de cubrirse. Su único modo de cubrirse. Pero estaban a unos quinientos metros: un agradable paseito en un día normal y agradable, toda una eternidad en ese momento.

Jimmie Carl recogió el pesado M-14 del marine herido y echó a correr. Al hacerlo, Evans comenzó a bambolearse sobre sus hombros: cada vez que el joven soldado se sacudía, expelía el aire contenido en sus pulmones como si se tratara de una enorme pipa humana. Y cada vez aquel resoplido sonaba más y más débil, como si todo el aire saliera y no volviera a ser reemplazado. Jimmie Carl corría en línea recta: el camino más corto a su destino. Hojas como cuchillas depellejaban sus rodillas al pasar. El calor y la humedad resultaban opresivos, le aplastaban el pecho igual que un saco de cemento, y Evans, a pesar de ser menudo, era un peso muerto: mojado, pegajoso... un verdadero peso muerto.

Jimmie Carl podía oler las entrañas de Evans. Le picaban la nuca y la espalda quemadas por el sol debido a la bilis y el ácido estomacal que goteaba de las tripas de Evans. El cráter de bomba más lejano por el que habían pasado, el que estaba más cerca de la línea de árboles, el que les ofrecía su mejor esperanza de salvación, seguía escabulléndose mientras él corría y corría, alejándose más y más a cada paso que daba. Se sentía como si estuviera metido en un campo de sorgo hasta la cintura y, al mismo tiempo, armas automáticas le abrieran el camino por delante.

Con los pulmones quemándole, Jimmie Carl se lanzó al primer cráter que vio, arrojando a Evans por delante. El herido cayó al suelo y se quedó inmóvil; ya ni siquiera gemía. Jimmie Carl se apresuró a abrirle uno de los ojos medio cerrados con el sucio dedo pulgar: se le había cerrado el iris, lo tenía oscuro y no reaccionaba, estaba nublado como si se lo hubieran bruñido con lana de acero o bien a causa de la muerte, o bien por efecto de la morfina. Y sin embargo seguía respirando. Un sonido húmedo y balbuciente salió de lo más profundo de su interior.

Evans era un chico negro, delgado, que vivía en una chabola a las afueras de Greensboro, Carolina del Norte. Tartamudeaba y se le trababa la lengua cada vez que se ponía nervioso, cosa que ocurría casi constantemente. Había optado por el cuerpo de marines como su única alternativa frente a otra estancia en una penitenciaría del estado de tres a cinco años por el robo de un auto. De tres a cinco años frente a un solo año y listo, en un lugar del que jamás había oído hablar: la República de Vietnam. El chico había elegido lo desconocido, pero llegado el momento, había recapacitado y no se había presentado en el centro de alistamiento. Dos policías especiales lo habían encontrado en una sala de billar, a cuatro manzanas de distancia, y lo habían adiestrado sobre la falta de sentido del humor del cuerpo de marines al respecto. Y desde entonces las cosas no habían ido mucho mejor. Los siguientes cuatro meses de entrenamiento básico se habían convertido en una larga e ininterrumpida guardia disciplinaria, y luego llegó Vietnam del Norte.

Desde el principio Evans había caído mal al resto de los hombres: no había supuesto más que un problema para ellos nada más poner el pie en Da Nang. Incluso el teniente había rellenado todos los papeles necesarios para trasladarlo, pero dada la escasez de personal y el ritmo cada vez más frecuente y acelerado de las misiones, los papeles siempre se perdían en el cuartel general. Lo que nadie en la unidad había podido comprender era por qué Jimmie Carl se había hecho amigo del chico: lo buscaba cuando el resto de compañeros le daba la espalda. Nadie le encontraba ningún sentido.

Por fin, sentados en los escasos quince centímetros de fétido estiércol de un rojo negruzco al fondo del profundo cráter, Jimmie Carl repasó sus alternativas: tenía el M-14 del chico con un cartucho completo de municiones, quizás algo menos. No creía que Evans hubiera disparado un solo tiro antes de recibir la bala perdida en las tripas. También tenía el equipo de primeros auxilios. Evans parecía llevar dos granadas M-26 altamente explosivas y un bote de humo M-18 colgado del cinturón. También llevaba una de las escasamente fiables radios de mano PRC-10 con las que nadie en

la compañía quería cargar debido a su peso y de las cuales una, por tanto, había ido a parar al soldado más impopular.

Opciones, opciones...

No había opciones. En aquel caso no había sino una salida: Jimmie Carl Trimble estaba muerto pero, a diferencia del inmóvil Evans, él lo sabía. Incluso en ese momento, mientras examinaba al chico y controlaba sus constantes vitales, el enemigo iba acortando distancias.

Por encima del oleoso manto de explosivos y polvo, a pesar del chorreante hedor mortal de Evans, en aquel instante Jimmie Carl podía olerlos: estaban cerca. En cuestión de cinco minutos Jimmie Carl Trimble, fuera quien fuera, se hubiera convertido en quien se hubiera convertido, cesaría de existir. Pero quizá no fuese tan terrible: quizá incluso fuera lo mejor. Sí, quizá no tuviera importancia; pero con la misma certeza con la que veía su propia muerte veía también el hecho de que, diez minutos después, o antes incluso, dos compañías de soldados regulares bien entrenados de Vietnam del Norte caerían sobre los restos dispersos de su pelotón, y entonces ellos también cesarían de existir.

A menos que alguien hiciese algo, y rápido.

Jimmie Carl miró una vez más el equipo de radio colgado del hombro de Evans. Quizá sí hubiera una opción.

—Dwayne, Dwayne, ¿me copias? Cambio.

El pesado pedazo de mierda que era la PRC-10, colgado a la espalda del radiotelegrafista, emitió un *crac* y un silbido. Cuando el teniente primero Dwayne Crockett trató de alcanzar su transistor para responder. Había puesto a sus hombres a recaudo bajo los árboles, y estaba organizando un perímetro de defensa que esperaba poder mantener hasta que llegaran los helicópteros. La radio de mano estaba cubierta de barro y tuvo que limpiarla una y otra vez con la pierna. Por el tono de voz del médico del pelotón y por la escasa formalidad de la llamada, estaba claro que la situación era crítica. Utilizaba su nombre de pila en lugar de un mensaje de socorro o de una palabra en clave: su desesperación era evidente. Todo indicaba que se trataba de una urgencia, y Jimmie Carl no era de ese tipo de soldados que tienen ataques de pánico sin motivo. Desde el momento de su llegada a Vietnam, casi un año antes, Jimmie Carl había demostrado ser un hombre pragmático y casi incluso temerario. Dwayne Crockett apretó el botón del micrófono y respondió con la misma eficaz informalidad:

—Estoy aquí, Jimmie Carl, ¿cuál es tu situación? Cambio.

Trataba de hablar con voz serena y equilibrada, sin traicionarse a sí mismo demostrando sorpresa al descubrir que Jimmie Carl seguía vivo.

—En una hondonada... tengo a Evans conmigo. Cambio.

A pesar del silbido y de las interferencias de la radio, todavía podía distinguir el acaramelado y lento acento sureño de Jimmie Carl.

—Espero que tu charco sea más grande que el mío, tío. ¿Cuál es tu posición? Cambio.

—Estoy en el tercer cráter por el que pasamos cuando salimos del punto de aterrizaje: en el pequeño. La cosa va mal, Dwayne: Evans probablemente esté ya muerto. Voy a soltar un poco de humo. Cambio.

Jimmie Carl abrió el bote de gas y lo levantó por encima del borde del cráter. El bote chisporroteó por unos instantes y luego comenzó a soltar una espesa nube de humo de color tostado.

—Tengo tu posición. Corto —respondió Dwayne Crockett, asomando la cabeza por encima de la hierba.

Durante los últimos seis meses se había permitido a sí mismo acercarse al callado marine. Había llegado a confiar profundamente en él, en su madurez y en su equilibrado juicio. En aquel instante, observando la columna de humo que se alzaba en la distancia, Dwayne hizo recuento de los hombres que le quedaban y calculó de qué eran realmente capaces. Miró atrás por encima del hombro: ni rastro de helicópteros. Apretó de nuevo el botón del micrófono.

—Atento, Jimmie Carl, vamos a tratar de volver desde la línea de árboles para hacer fuego y cubrirte. Tendrás que acercarte a nosotros... buscar una salida... deja a Evans, repito, abandona a Evans. Cambio.

—Negativo, teniente —se apresuró a responder Jimmie Carl—. Aquí hay un montón de tipos malos que están deseando charlar con todos vosotros: se os van a subir al culo bien pronto. No, repito, no avancéis hacia esta posición. ¿Me copias, Dwayne? Cambio.

Jimmie Carl no tenía intención de permitir que Dwayne expusiera a los hombres que quedaban al ardiente sol más de lo estrictamente necesario para salvar sus propias vidas. Y tampoco tenía intención de abandonar a Evans, aunque eso supusiera su perdición. Ya era hora de acabar con los secretos, las mentiras y las noches de insomnio. Era su instante de claridad cristalina.

—Te copio, Doc. ¿Es que tienes un plan que yo no conozco? Cambio.

Dwayne se alzó una vez más para memorizar la posición de Jimmie Carl antes de que el humo terminara por dispersarse y desaparecer.

La cuestión era quién de los dos pronunciaría primero, en voz alta, el plan. Jimmie Carl podía retrasar las cosas hasta que llegaran los helicópteros, esperando que Dwayne y el resto de hombres pudieran retirarse a tiempo, antes de que el ejército norvietnamita cayera sobre ellos.

—Necesitaréis una ventaja... una salida... todos vosotros necesitáis un poco de tiempo. Solo hay una forma de conseguirlo, y tú lo sabes. Haz la llamada, Dwayne. Cambio.

—¿Repíte? Cambio.

Dwayne le daba largas, y Jimmie Carl lo sabía. Pero no quedaba tiempo.

—Ya me has oído, Dwayne... haz esa llamada. Cárgame a mí la responsabilidad. ¿Me copias, teniente? Bajo mi responsabilidad. Cambio.

—Negativo. Ya se nos ocurrirá algo. Cambio.

Dwayne seguía contestando con evasivas.

—Me has oído, teniente. No hay nada que hacer. Haz esa jodida llamada. Por el amor de Dios, haz esa llamada, Dwayne... mientras aún quede humo para señalar mi posición. Cambio.

A Dwayne le costaba trabajo responder, pero sabía que Jimmie Carl tenía razón. Sabía lo que tenía que hacer. Los helicópteros estaban aún a unos diez minutos, el ejército vietnamita quizás a cinco.

—Aguanta. Corto —respondió finalmente Dwayne.

Extendió el mapa de la misión sobre su rodilla y buscó las coordenadas del lugar exacto, valiéndose de los dedos para trazarlas desde los bordes del papel. Cambió la frecuencia e hizo la llamada por radio, y luego, dos largos minutos más tarde, volvió a apretar el micrófono para hablar con Jimmie Carl.

—Perdóname, tío... Cambio.

—*Semper Fi*, luchar o morir —contestó Jimmie Carl con voz suave—. No necesitas pedir perdón, amigo. Cambio.

Dwayne no sabía qué responder. Se aferró fuertemente al micrófono y buscó por el cielo algún signo de los helicópteros. La carrera había comenzado. *Si lograra llegar... si...*

La radio volvió a emitir interferencias y a silbar por unos segundos, y entonces se oyó de pronto otra vez la voz de Jimmie Carl. En esa ocasión, sin embargo, sonó extraña, sin la calma y la decisión que había mantenido momentos antes.

—¿Dwayne?

Le costaba trabajo oírle. Por fin se escuchaba un zumbido vibrante por encima de sus cabezas, como el rasgarse de una sábana rápidamente en dos.

—Sí, tío, aquí estoy. Cambio —gritó Dwayne por el micrófono.

—Dwayne... no tengo tiempo para explicarte... hace tanto tiempo... Necesito oírlo otra vez, Dwayne. ¿Me oyes? No puedo morir así. ¡Aj, Dios, Dwayne...! ¿Me oyes? Necesito oírlo otra vez. Una última vez... ¿puedes llamarme...?

—¿Llamarte qué, Jimmie Carl?, ¿llamarte qué? Cambio... Maldito seas, Jimmie Carl, ¿llamarte qué? Cambio.

Pero Jimmie Carl Trimble jamás terminó la frase. Alzó la vista justo a tiempo de ver las dos latas plateadas de napalm cayéndole encima vueltas bocabajo.

Split Tree, Arkansas

Viernes, 12 de agosto de 2005

Split Tree era una ciudad sencilla, pero a la vez de gran complejidad.

En general, ni siquiera en los buenos tiempos, la ciudad había tenido oportunidad de destacar. Incluso durante el bum, antes de que la importación de algodón tocara fondo en los mercados locales, Split Tree no había llegado demasiado lejos: era una simple y monótona colección de casas destartadas al este de Arkansas, un desperdicio de buenas tierras, según admitían a veces hasta sus más fervientes defensores.

Y en la actualidad tampoco tenía gran cosa a su favor.

De hecho, la palabra «tierra» era la más apropiada cuando uno terminaba una frase que comenzaba con el nombre de Split Tree, la ciudad del árbol partido. Toda ella era un cúmulo de barro y polvo: la ciudad entera parecía masticar arena, grava y lodo arcilloso que el viento arrastraba desde la planicie aluvial. Tierra. De hecho, la comunidad daba la impresión de haberse reunido en torno al Palacio de Justicia del condado de la misma forma que la tierra y la pelusilla del algodón se acumulan alrededor del tocón de un árbol en medio del campo: más por perezosa conveniencia que por organización.

Igual que muchas otras ciudades sureñas a la ribera de un río, carentes de cualquier topografía destacada, Split Tree estaba organizada como un tablero de ajedrez, en una simple línea recta que lo recorría de este a oeste, del amanecer al sol poniente. En el ángulo este estaba el Palacio de

Justicia, un edificio de ladrillo rojo y piedra caliza de tres pisos, escenario de todos los asuntos políticos durante más de ciento cincuenta años. Al oeste, en la calle Tupelo Road, estaba el almacén donde se separaba el algodón de la semilla, el almacén de algodón de los hermanos Bell, hogar de rumores y de negocios durante más tiempo aún. La fibra larga de algodón estaba de capa caída, y la familia Dew, que había comprado el almacén durante la época de la depresión pero que conservaba el nombre por deferencia a la tradición, se había visto forzada a expandir el negocio y montar un almacén general de suministros agrícolas. Incluso habían comenzado a vender tractores japoneses de largos y divertidos nombres, pero cada día les costaba más competir con la cooperativa, y se rumoreaba insistentemente que el cierre era inminente.

Split Tree no era una mala ciudad, pero por alguna razón se había despertado una mañana en el siglo equivocado. Era un lugar en el que a la mayor parte de la gente aún le resultaba de mala educación mostrarse poco amable; un lugar en el que las mujeres seguían guardando un silencioso sentido del decoro y de la compostura y en el que los hombres visitaban a sus madres todos los domingos por la tarde; el tipo de lugar en el que la gente conoce los nombres de todos los perros callejeros.

Un lugar en el que apenas parecía ocurrir nada, y en el que nunca había ocurrido gran cosa.

O casi.

A finales del verano de 1965, Split Tree, Arkansas, alcanzó su cota máxima de fama cuando aparecieron dos cuerpos: uno negro y otro blanco, el uno identificado enseguida y el otro desconocido. Y como decían en Split Tree, ese tipo de cosas no ocurrían todos los días.

El cuerpo que se identificó fue el que creó más alboroto, al menos en aquella época, ya que se probó que eran los restos mortales de un tal Leon Jackson, de Natchez, Misisipi. El cuerpo sin identificar sin duda produjo también sus buenos quebraderos de cabeza, pero como Split Tree era una comunidad pequeña y no había perdido a ninguno de sus hijos, seguir conjeturando acerca de la identidad del cuerpo desconocido pasó a ser poco más que un tema de conversación en la barbería.

Pero no fue fácil olvidar a Leon Jackson, por mucho que algunos así lo desearan.

Leonidas Stephen Jackson era un mártir por la causa de los derechos civiles o un maldito negro que jamás debió meter las narices en ningún asunto más allá del río Misisipi: todo dependía, fundamentalmente, de si uno vivía en las tierras bajas del este de Arkansas en la década de los sesenta, o escribía para un periódico de una gran ciudad de la costa del

Atlántico. Dejando a un lado las perspectivas regionales, la realidad era que el señor Jackson pretendía ser un líder de los derechos civiles, pero carecía de la presencia física o del carisma visceral de un Medgar Evers o de un Martin Luther King, e incluso según las más generosas calificaciones históricas, era decididamente un cabecilla de segunda fila. Y esa precisamente fue la razón por la que terminó en la planicie aluvial del este de Arkansas en 1965, en lugar de terminar en Misisipi, Alabama o Georgia, o en algún otro de los crisoles de mayor tensión racial de la época. Arkansas estaba en la periferia del movimiento por los derechos civiles, pese al gobernador Orval Faubus y la integración forzada en el instituto Little Rock's Central, y un negro prácticamente desconocido defendiendo la causa de los jornaleros negros del algodón, que solo querían que los dejaran en paz en su remanso de serenidad de Arkansas, no exaltaba la imaginación de la prensa de la Costa Este como lo hacían los pastores alemanes, las bocas de incendios o los que se sentaban en la barra de un bar a la hora de comer. De hecho, cuando Leon Jackson desapareció tras ser visto por última vez en la iglesia metodista episcopal africana de las afueras de West Helena, nadie, ni siquiera su familia allá en Natchez, se dio cuenta hasta varias semanas después.

A decir verdad, Leonidas Jackson se convirtió en una nota a pie de página en la historia no porque fuera asesinado, sino porque su cuerpo fue tan oportuno como para aparecer en un dique inundado del este de Arkansas apenas un año después de que se encontraran los cuerpos de Goodman, Cheney y Schwerner en un embalse del este del condado de Neshoba, Misisipi, en medio del agua. Aun así, el asesinato habría caído en el olvido si la prensa de la Costa Este no hubiera aprovechado oportunamente la ocasión de conectar ambos incidentes, a pesar de las evidentes diferencias; entre ellas el hecho de que ambos lugares distaban al menos trescientos veinte kilómetros entre sí.

El segundo cuerpo de Split Tree se encontró casi un mes después, en septiembre, cuando dejó de llover y el barro que había arrastrado la riada se secó lo suficiente como para que el FBI lo descubriera. El hecho de que ese segundo cuerpo fuera el de un joven blanco, como Goodman y Schwerner, pareció confirmar, a juicio de los fanáticos del norte que solo conocían Arkansas de oídas, por el programa de radio *Lum and Abner*, que una negra sombra había caído sobre todo el sur del país. Pero por mucho que las autoridades lo intentaron, aquel segundo cuerpo jamás fue identificado y el caso no se cerró.

Y por eso precisamente, una abrasadora tarde de agosto cuarenta años después, el agente especial Michael Levine tuvo que viajar a Split Tree,

Arkansas, y presentarse en la oficina del sheriff del condado de Locust, Waymond Ray Elmore.

—¡Maldita mierda!, ¿por qué tiene que hacer este jodido calor? —exclamó Levine nada más entrar en la oficina.

El comentario no iba dirigido a ninguno de los presentes en particular; Levine solo estaba musitando mientras se tiraba de la pechera de la camisa, tratando de despegársela del sudoroso pecho. Le caían delgados riachuelos de sudor por la espalda que iban a parar a la altura del cinturón, dificultándole el simple hecho de mantenerse en pie. Era pronto aún, pero a esas horas el termómetro del banco Farmer's Bank marcaba ya más de treinta y ocho grados centígrados, y la humedad relativa del aire sobrepasaba el ochenta por ciento por quinto día consecutivo. Daba la sensación de que se avecinaba una inminente tormenta, y sin embargo el cielo estaba azul y hacía un sol de justicia. Levine había soportado muchos veranos largos y duros: había crecido en un edificio de ladrillo de dos pisos sin ascensor en Brooklyn, y había cargado con una mochila de dieciocho kilos a la espalda por toda la jungla del sudeste asiático como soldado raso de infantería a los dieciocho años. Pero, no obstante, aquel calor era diferente. Aquel era un calor con personalidad, y sin duda con malas intenciones. Bastante mal lo pasaba en Memphis, adonde había sido trasladado hacía ya cuatro largos meses; el calor de aquel pequeño horno de Arkansas resultaba físicamente agresivo. Su presencia se cernía sobre uno y lo abrazaba con fuerza, sentándosele sobre el pecho y arrebatándole el aliento como si se tratara de algún remordimiento inolvidable.

—Disculpe el lenguaje, sheriff. Sin duda no es el más adecuado para presentarme. Agente especial Michael Levine, de la Oficina Federal de Investigación —dijo Levine, enseñando su placa durante unos segundos.

Levine se sentó en una moderna silla de plástico tapizada con una tela de flores que resultaba tan fuera de lugar en aquel viejo edificio como la también moderna mesa laminada en madera del sheriff. Un desvenado y asmático aparato de aire acondicionado traqueteaba ruidosamente en la ventana de al lado, paliando un poco el calor... pero solo un poco.

—Bueno, es comprensible. Sí que hace calor, sí —contestó el sheriff Elmore mientras lo observaba tomar asiento.

Acababan de renovar su despacho: habían instalado un techo de paneles acústicos y toda la paleta de detalles contemporáneos típicos de la nueva oficina, diseñados para borrar el carácter histórico de un edificio. Waymond

Elmore lo detestaba. Más aún: detestaba el hecho de que su despacho hubiera sido el primero al que le hubieran lavado la cara.

—Aunque creí que estaría usted acostumbrado a esto, sin embargo. Porque es de Memphis, ¿no es así?

—Ni en broma, sheriff. Solo me han trasladado a la oficina de allí temporalmente —contestó Levine, apresurándose a propósito a distanciarse del asunto.

Levine intentaba distanciarse de todo lo que pudiese parecer sureño: aunque, naturalmente, nadie podría confundirlo con un nativo. Levine seguía esperando que su estancia en el sur fuera solo un inconveniente temporal, igual que un catarro de verano que se pasa enseguida si uno se cuida. Y, no obstante, ese era el problema: Levine se había propuesto no cuidar de sí mismo.

El agente examinó el despacho del sheriff. La mesa estaba relativamente limpia, lo cual significaba que o bien no tenía mucho trabajo, o bien era muy eficiente. Por instinto, cuando trataba con primos gordinflones y de rostro colorado como aquel, Levine solía dar por supuesto que se trataba de un caso de completa incompetencia y, por tanto, dedujo que no tenía mucho que hacer. Era un axioma que había llegado a dar por supuesto tras su corta convivencia con la cultura sureña.

Las paredes estaban pintadas de color marrón chocolate con leche, un color que él seguía llamando beis a pesar de su moderna reclasificación como color topo, y estaban tan vacías como la mesa, excepto por un cuadro enmarcado de un oso pardo, vadeando por aguas blancas y espumosas, tratando de pescar un salmón saltarín. Bajo el cuadro estaba escrita la palabra «Determinación». Ponía otra cosa más abajo, pero estaba en un azul muy oscuro y Levine carecía de la vista y el interés suficientes como para tratar de descifrarlo. Había visto esa misma foto hacía poco tiempo en un anuncio en una revista de unas líneas aéreas. Sobre la mesa del sheriff había una única foto enmarcada de dos niños en un remolque, pero eran tan pequeños que o bien la foto no era reciente, o bien eran sus nietos. Junto a ella había una botella de medio kilo de Dr. Pepper, que contenía como un centímetro de lo que se parecía a los posos del café soluble. Por el visible bulto del carrillo del sheriff, Levine supuso que aquello era lo que él había oído siempre llamar a su abuelo rapé, pero que en la actualidad se vendía como tabaco sin humo.

—Bueno, ¿y qué puedo hacer por usted, agente...? Lo siento...

—Levine.

—Eso es, Levine... bien, ¿qué puedo hacer por usted, señor Levine?

A pesar de su educación, el sheriff Elmore no estaba de humor como para mostrarse cordial. Más aun, apenas se sentía inclinado a mostrarse

siquiera cortés con un hombre que olía a gran ciudad. Estaba deseando acabar cuanto antes con aquella entrevista aunque, a decir verdad, no tenía nada que hacer en toda la tarde. El caso era que, nada más ver a aquel palurdo federal, había sentido de inmediato un desagrado visceral: alto, encorbatado, con su chaqueta informal y su rostro arrugado que comenzaba a lucir un rubor poco lustroso y muy irregular. Elmore estaba ansioso por que aquel hombre siguiera su camino por su cuenta, por no hablar del hecho de que el agente del FBI había mencionado el asesinato de Jackson y el cuerpo sin identificar por teléfono, y desde luego él no tenía ganas de sacar a pasear a ese perro, por larga que fuera la correa.

Levine tragó con fuerza, intentando evitar una arcada ante el calor, el rancio olor del tabaco y la peste del anticuado champú de Elmore. Desde que había llegado a Memphis, había pasado más tiempo comiendo y menos haciendo ejercicio, y al inclinarse hacia delante en el asiento se dio cuenta de que el cuello de la camisa le apretaba. Sentía como si se le salieran los ojos de las órbitas cada vez que su pulso palpitaba.

—Bueno, sheriff, como ya le dije por teléfono, la oficina ha decidido echarle un nuevo vistazo al caso de Leon Jackson y el desconocido... seguro que le resulta familiar.

—Sí, señor —contestó el sheriff con formalidad, más debido a la costumbre local que por deferencia. Elmore estuvo a punto de desafiar su buena educación y omitir aquel tratamiento—. Por supuesto que lo conozco, como cualquiera de por aquí de mi generación. No voy a decirle que me acuerde de mucho, no obstante. Creo que sucedió durante el verano en el que yo terminé el instituto. Fue toda una noticia... en aquella época. Pero ya lo resolvieron todo ustedes, si no recuerdo mal. Se relacionaba con el Klan, o eso dijeron —continuó, sonriendo mientras hablaba, a pesar de que no había ninguna simpatía en su mirada.

La voz de Waymond Elmore parecía desafinada, como el chirrido de los neumáticos de un coche derrapando en el asfalto. Sonaba cascada y se saltaba palabras con una nerviosa energía que traicionaba su actitud serena. Era un hombre alto, aunque no un gigante, pero sí de buen tamaño: tenía los hombros tan anchos como el palo de una escoba de punta a punta, y sus músculos resaltaban en su cuerpo como los nudos en un tablón de madera a la deriva por el río. Su cabello, una vez castaño y cortado al estilo militar, hacía tiempo que había adquirido un tono gris pálido como el del cemento, a juego con sus ojos; profundas arrugas surcaban su rostro a causa de más de cincuenta años de exposición al sol ribereño. Había sido un hombre bien parecido una vez, pero de eso hacía mucho tiempo, y la preocupación

ensombrecía su aspecto: parecía como si hubiera agotado todas sus opciones y el futuro no le sonriera.

—Bueno, eso no es del todo exacto —lo corrigió Levine para que constara, a pesar de sospechar que el sheriff era perfectamente consciente de que el caso jamás se había cerrado.

Una de las peores facetas de su puesto en Memphis era el hecho de que tenía que pasar una extraordinaria cantidad de tiempo con policías pueblerinos como aquel sheriff. Más que nada en el mundo, detestaba tener que hacer el panoli con aquel desfile de buenos chicos sureños, además de que en tan solo cinco minutos había llegado a la conclusión de que aquel, en particular, era un grandísimo gilipollas.

—Tiene usted razón en que la oficina estableció una conexión circunstancial entre las muertes de Jackson y del cadáver sin identificar que se encontró con él y el Ku Klux Klan, pero no se llevó a nadie a juicio.

Levine evitaba utilizar el término «nosotros» cuando se refería a la oficina. Se figuraba que había cierto paralelismo entre su forma de hablar y la de los peces gordos de la oficina, porque estaba absolutamente seguro de que ellos también evitaban ese término cuando se referían a él.

Levine continuó:

—De hecho, como le dije antes, cuando hablamos por teléfono, esa es precisamente la razón de que esté yo aquí. Estoy seguro de que sabe usted que últimamente se ha logrado una serie de condenas con relación a algunos de los casos sin resolver de los años sesenta. Por ejemplo, el de la bomba de la iglesia de Alabama de Cherry y Blanton en el 63, el del asesinato de Medgar Evers por De La Beckwith, y más recientemente, el arresto y encarcelamiento de los asesinos de Goodman, Cheney y Schwerner allá en Misisipi. Se ha reabierto el caso del asesinato de Emmett Till, y la oficina cree que con la nueva tecnología forense disponible hoy en día, quizá merezca la pena reabrir también la investigación de Jackson.

Levine sabía que eso último era una completa estupidez. Sin duda las nuevas técnicas forenses, en especial la prueba del ADN, eran aplicables a veces a algunos casos antiguos como aquel, pero esa no era la razón por la que él estaba allí. La realidad era que Levine había hostigado a un influyente senador de Pensilvania por un asunto de comercio interno y no se había echado atrás cuando la oficina le había ordenado que archivara definitivamente las pruebas. En lugar de ello, un periodista del *Philadelphia Inquirer* había recibido un paquete repleto de expedientes de casos clasificados del FBI de un remitente anónimo. El resultado era previsible: el senador había anunciado que había decidido pasar más tiempo con su familia y que no se presentaría a la reelección, y Levine había sido

designado para trasladarse a Memphis y ocuparse de lo que, según sospechaba él, no era para la oficina sino el equivalente a una descabellada caza de gamusinos. Levine era especialista en delitos de guante blanco: fraude bancario, blanqueo de dinero; no tenía ningún conocimiento sobre la investigación de asesinatos excepto por los pocos cursos de la academia hacía años. Con Levine, y dado el caso adecuado, la pregunta era cuánto tardaría en darse de morros, no si llegaría a hacerlo o no. Pero en un caso como el de Jackson, un caso criminal sin resolver de hacía cuarenta años, la oficina sin duda tenía la intención de servirle el pastel de la revancha. Levine incluso sospechaba cuál sería la receta: mándese al gilipollas de Levine al insignificante y remoto pueblo sureño de Petardolandia, hágasele dar vueltas inútilmente en círculos hasta que esté todo bien batido, cuézanselo luego los huevos a cuarenta grados durante seis meses, y sírvase junto con sus papeles de dimisión.

—Muy interesante, agente...

—Levine, exactamente igual que hace dos minutos, sheriff. Agente especial Levine.

Levine estaba realmente comenzando cabrearle con aquel imbécil. Tenía algo que lo incitaba a saltarle la tapa de los sesos, aunque no podía precisar exactamente qué.

—Eso es, eso es... parece que me cuesta recordarlo, agente Levine. Pero, dígame... agente... Levine... el caso de Misisipi...

—El de Goodman, Cheney y Schwerner.

—Exacto, ese caso. Por si no lee los periódicos, se llevó a una corte estatal. Ustedes, los federales, les echaron el guante a esos tipos allá por los años sesenta, pero no pudieron meterlos en chirona.

Levine respiró hondo antes de contestar:

—Está usted en lo cierto, sheriff. El asunto es que todos esos viejos casos, como el de Jackson, pueden llevarse aún ante los tribunales, y no importa qué jurisdicción oficial se haga cargo de ellos. Solo que a veces parece como si... las autoridades locales necesitan un empujoncito.

—¿Y usted ha venido aquí a darme ese empujoncito?

Levine contestó con una sonrisa sin el menor atisbo de humor:

—Si es necesario...

Elmore asintió lentamente, como si estuviera reflexionando sobre lo que había dicho Levine.

—¿Y qué tiene todo eso que ver con la oficina del sheriff del condado de Locust? Claro que estamos dispuestos a ayudar en todo lo que haga falta, pero nosotros también tenemos una cartera repleta de casos de los que ocuparnos.

Sí, claro, pensó Levine. Sin duda aquel sheriff tenía que pillar a todos los traficantes de droga colombianos que ponían petardos en los buzones de la granja Pudd.

Al cuerno con su visita de cortesía. Le habían bastado cinco minutos para hacerse una idea del tipo de hombre con el que estaba tratando, y la actitud de Elmore le inducía a cualquier cosa, excepto a mostrarse cortés. Eso y el calor. Incluso con el aire acondicionado en marcha, el despacho del sheriff, situado en la esquina sudoeste de la segunda planta del viejo edificio del Palacio de Justicia, alcanzaba los treinta grados, aunque el sheriff Waymond Elmore no parecía darse cuenta. Mientras conducía en dirección al Palacio de Justicia aquella mañana, Levine había decidido de antemano que aquel sería un buen día para emborracharse, estrangular a alguien o ambas cosas. De hecho se le ocurrían unas cuantas cosas más, pero sentarse en aquella diminuta sauna y hablar con aquel paleta idiota uniformado no entraba en la lista. Levine decidió acabar con aquella entrevista antes de que pudiera hacer algo por lo que luego la oficina le obligara a pedir disculpas.

—Gracias por su oferta de... ayuda. Escuche, sheriff, ciertos aspectos del caso son jurisdicción de la oficina, concretamente el tema de los derechos civiles, pero los cuerpos de las víctimas fueron encontrados en el condado de Locust, y creo que eso lo convierte en un caso suyo, técnicamente hablando. Siempre lo ha sido. La razón por la que estoy aquí es para echarle un nuevo vistazo al asunto. Ya se lo puede imaginar: revisar la información que tenga en su despacho; hablar con los vecinos de la zona para ver si hay nuevas pistas; en resumen, sacudir el árbol y recoger el fruto. Le diré, sin embargo, que hemos comenzado a hacer análisis de ADN a algunas de las pruebas encontradas en 1965, y que la investigación parece muy prometedora.

Levine detestaba la cortesía forzada; la detestaba absolutamente, y no había oído cortesía que sonase más falsa que aquella.

El sheriff Elmore contempló al agente especial con el desdén silencioso que reservaba normalmente para los evolucionistas declarados y los presentadoras de programas de deporte femeninos. Tras unos minutos, balanceó la silla hacia atrás y desenroscó el tarro de Dr. Pepper. Sin dejar de mirar a Levine, se llevó el frasco a los labios, echó un enorme escupitajo de saliva marrón dentro y lo cerró de nuevo antes de decir:

—Y, exactamente, ¿de qué tipo de prometedoras pruebas estamos hablando? Porque son pruebas de 1965 las que están ustedes investigando.

Levine se quedó mirando a Elmore con rostro serio, tratando de leer las arrugas concéntricas que rodeaban sus ojos como si se tratara de los anillos

del tronco de un árbol. Elmore había mencionado que el asesinato había ocurrido durante el verano en el que él había terminado el instituto. Eso significaba que tenía la misma edad que él, quizá un año más. Levine reflexionó entonces sobre sí mismo. Elmore rondaría los cincuenta y cinco, un par de años más arriba o más abajo. Eso, por supuesto, suponiendo que se hubiera acabado el colegio a los doce años, cosa que comenzaba a dudar seriamente. Levine había terminado el colegio un año después de aquel asesinato, pertenecía a la promoción de 1966 del Erasmus High: el año en que Sandy Koufax había ganado veintisiete juegos y había colgado luego las zapatillas; el año en que la Corte Suprema había hecho de Miranda un nombre conocido; un año antes de que el ejército de los Estados Unidos le concediera a Levine la beca para la «Universidad de la Realidad» en la provincia de «No Me Jodas Más», Vietnam del Sur.

—Como seguramente recordará, el segundo cuerpo, el del desconocido, se encontró con la ropa ensangrentada y poco más. Sin ningún documento de identificación, cartera, ni joyas. Para entonces los restos estaban demasiado descompuestos como para identificarlo. La oficina guardó muestras de la camisa y de los pantalones para analizar posibles rastros; se encontraron algunos cabellos en la camisa que interesaron mucho en aquel entonces a los investigadores que seguían la pista. No ha servido de mucho hasta el momento, pero ahora el interés se centra más en la sangre. Lo único que realmente podían decir en 1965 es que se trataba de sangre del tipo A positivo. Lo más probable es que la sangre sea de él; es decir, del tipo muerto. Al menos eso es lo que siempre se ha pensado, pero cabe la posibilidad de que perteneciera al asesino. Esperamos que la prueba de ADN arroje nueva luz o bien sobre la identidad de la víctima, o bien sobre la del asesino. De un modo u otro...

Levine hizo una pausa para darle tiempo a Elmore a responder o, al menos, a mostrar cierto interés. Pero Elmore no se inmutó, así que Levine continuó:

—Y esa es la otra razón por la que estoy aquí. Ya teníamos la ropa en custodia, así que pudimos iniciar el análisis. Sin embargo el cuerpo, o más exactamente lo que quede de él, con toda probabilidad un esqueleto, supuestamente está aquí, en el condado de Locust... me imagino que en el despacho del forense. —Levine creyó detectar un rápido parpadeo en los ojos de Elmore—. Necesito muestras de los restos para que el laboratorio pueda comparar el ADN con el de la ropa.

—Bueno, eso, señor... Levine —comenzó a contestar el sheriff, inclinándose hacia delante y apoyando los codos sobre la mesa. El sheriff entrelazó las manos por encima de un calendario de mesa enorme del año

2001 en el que ponía: «Hermanos Bing. Automóviles nuevos y usados». La silla crujió bajo su peso—. En primer lugar, el condado de Locust no dispone de forense. Este es un condado de juez de instrucción, y eso es lo que tenemos: un juez de instrucción. Y, en segundo lugar, puedo garantizarle casi con total seguridad que el juez no guarda huesos de 1965.

Levine se quedó sentado en silencio por un momento, hasta que estuvo convencido de que Elmore había terminado de hablar, y entonces respondió:

—Sheriff, estoy convencido de que se da usted perfecta cuenta de que no es eso lo que la oficina espera oír. No hay ninguna ley sobre limitación temporal alguna en la custodia de pruebas para el caso de un asesinato, y tal y como le he recordado hace un momento, se trata de un caso abierto y además de un asesinato destacado: por eso es de esperar que se guarden todas las pruebas. Bien, sospecho que, sencillamente, puede que usted se equivoque respecto al lugar donde se guardan esos restos —aseguró Levine que, en realidad, apenas sabía nada acerca de la investigación de homicidios. Levine se preguntaba si aquel sheriff de pueblo sabría lo suficiente como para destapar su farol—. Estoy seguro de que el juez de instrucción estará al tanto de este caso. Supongo que en realidad sería con él con quien debería estar hablando. He venido simplemente a hacerle una visita profesional de cortesía, pero tendré que ir a verlo a él.

Levine no tenía ninguna experiencia con jueces de instrucción de pueblo, pero en la oficina le habían advertido de que no esperara demasiado. A diferencia del forense, el cargo de juez de instrucción era electo, y por lo tanto no requería de ninguna cualificación médica: solo se necesitaban los votos y no tener antecedentes penales. De hecho, el cargo de juez de instrucción había surgido en la época de la redacción de la Carta Magna, y se relacionaba más con la recaudación de impuestos que con otra cosa. Por lo general, era corriente en los Estados Unidos que los directores de funerarias ejercieran ese cargo para complementar sus ingresos con un cheque del condado.

—Diga usted lo que quiera, señor Levine, pero yo le aseguro que está perdiendo el tiempo viniendo aquí, al condado de Locust, para sacar algo en claro de ese viejo asunto. De verdad que siento mucho que ese tipo, ese tal señor Jackson, viniera aquí y lo mataran y todo eso, pero de eso hace ya cuarenta años. De nada sirve insistir en el asunto, por mucha prueba científica que hagan. Y me da igual lo que quiera oír la oficina —afirmó Elmore, mirando con tal dureza a Levine que casi daba miedo—. Mi consejo es que deje a los muertos en paz, señor agente especial del FBI: déjelos descansar en paz.

—¿Y los asesinos, señor sheriff del condado de Locust? —preguntó Levine, a quien solo cinco minutos antes el caso le importaba un bledo. Sin embargo eso estaba comenzando a cambiar. Levine se levantó de la silla con más rapidez de la que había previsto. Entonces, entre el movimiento y el calor, se mareó y tuvo que apoyarse con ambas manos en la mesa del sheriff. El efecto del gesto fue aplastante—. ¿Qué me dice de los asesinos, señor sheriff?, ¿los dejamos también descansar en paz?

El sheriff bajó la vista hacia sus manos por un momento, y luego volvió a alzarla para mirar directamente a los ojos a Levine. El desprecio que había brillado en su rostro durante la entrevista se había desvanecido, sustituido por otro sentimiento: un sentimiento que Levine no pudo identificar a tiempo.

—¿Qué le hace pensar que un asesino podrá jamás descansar en paz, señor Levine?

Laboratorio Central de Identificación del Ejército de
los Estados Unidos, Hawái

Viernes, 12 de agosto de 2005

—D. S., ¿qué te parecería convocar una reunión de empleados dentro de cinco minutos, más o menos? Una reunión corta —gritó Robert Dean McKelvey por encima del hombro y sin aminorar la marcha mientras pasaba por delante del despacho del director científico adjunto.

Era viernes por la mañana, pero ya a esas horas parecía prepararse un día plagado de quebraderos de cabeza. Los problemas habían comenzado casi inmediatamente. A primera hora, en la misma puerta del edificio, el director lo había saludado con la noticia de que el secretario de defensa estaba pensando en hacer una visita al laboratorio la semana siguiente. En su viaje de vuelta de China, según estaba previsto, su avión debía parar para repostar en Hawái de camino a Washington, y sus colaboradores de confianza le habían sugerido que quizá fuera una buena idea aprovechar esas horas para ir a ver el laboratorio. McKelvey sabía que ese tipo de visitas jamás suponían más que una terrible pérdida de tiempo y un ejercicio de paciencia. El comienzo perfecto para su primer día de vuelta al trabajo.

La mayor parte de la gente lo llamaba Kel. De hecho lo habían llamado así durante casi toda su vida, al menos las personas con las que tenía confianza e, incluso, algunas con las que no. Su padre se llamaba Robert, y antes que él se había llamado así su abuelo, y aunque a él le habían puesto ese nombre por razones sentimentales, jamás lo habían utilizado al referirse a él, para evitar confusiones. Los McKelvey nunca usaban

apodos como «Bob padre» o «Bob hijo». El problema, por supuesto, era que de ese modo no quedaban muchas opciones cuando había que llamarlos a todos para cenar. Su segundo nombre de pila, Dean, no constituía una verdadera alternativa para usarla a diario y de un modo informal. Esa era la vieja aspiración infantil frustrada con la que sus tres hermanos mayores le habían cargado hacía casi cincuenta años. Sus hermanos habían vivido y respirado con el equipo de béisbol de St. Louis Cardinal, que constituía algo fundamental a esas alturas de sus vidas y, por eso, al nacer él, habían deseado llamarlo como uno de los hermanos Dean de Arkansas. La triste realidad era que, de no haber intervenido decididamente sus padres, sin duda le habrían llamado Robert *Dizzy* McKelvey o, peor aún, «Daffy». Kel siempre había pensado que, comparado con esos dos posibles apodos, Dean no estaba tan mal... siempre y cuando nadie lo llamara así, cosa que efectivamente no ocurría. Pero entonces el problema seguía ahí: descartando Robert y Dean de la lista de nombres posibles, no quedaba ninguna otra opción aparte de Mac, nombre que todos detestaban. Por eso, finalmente, habían comenzado a llamarlo Kel. Desde que tenía uso de razón.

—¡Por Dios! Nos hace tanta falta una visita del secretario de defensa ahora mismo como a mí que me echen una meada en el oído izquierdo —musitó Kel para sí mismo.

Nada más abrir la puerta cerrada con llave de su despacho, Kel tropezó con una pila de circulares y carpetas marrones de expedientes que la gente había ido metiendo por debajo de la puerta mientras él estaba fuera. Unos cuantos papeles salieron despedidos. Era como meter el pie en un charco de resbaladizo barro marrón. Kel acaba de llegar de vuelta de un viaje de una semana en el agujero del tiempo comunista de Corea del Norte, pero gracias a la combinación de la magia de los vuelos aéreos y la línea internacional de cambio de fecha, se las había arreglado para llegar treinta minutos antes de partir. Como si cinco días laborables a la semana no fueran suficientes, por fin tenía la oportunidad de repetir su actuación. Y por si eso fuera poco, los días en el CILHI, el Laboratorio Central de Identificación de Hawái, en realidad hubieran debido de medirse como los años de los perros, según pensaba él siempre: porque, de algún modo, perder una semana de trabajo en el laboratorio significaba acumular la tarea de siete semanas. Y desde luego, a juzgar por la pila de carpetas apiladas en el suelo, parecía como si efectivamente hubiera perdido siete semanas.

Y encima, la visita del secretario de defensa.

No es que tuviera nada en contra del secretario de defensa; siempre se había mostrado muy amable en las pocas ocasiones en las que ambos habían

coincido. El problema era que las visitas de las personalidades al CILHI eran algo así como meter la lengua en un sacapuntas eléctrico: la primera vez resultaba una experiencia nueva, pero no era algo que hiciera falta repetir. Y últimamente se repetían mucho. Además, Kel sabía que probablemente lo único que sacarían en claro de aquella visita sería que el sargento primero ordenase limpiar todas las colillas de los cigarrillos del aparcamiento; cosa que, por otra parte, no estaba nada mal. Sin embargo, la mayor parte de las veces, esas visitas de alto nivel se iniciaban con el director ordenando a todos los empleados saltar por un aro de mierda para, finalmente, en el último momento, soltar la noticia de que la visita había sido cancelada.

Kel se quedó de pie, mirando las carpetas esparcidas a sus pies. En un instante de brillante inspiración se le ocurrió que sencillamente podía cerrar la puerta, marcharse a casa y no volver. Pero luego se le pasó, se arrodilló y comenzó a recoger. Fue entonces cuando Davis Smart asomó la cabeza por la puerta de su despacho.

—Todo el mundo está listo y esperando en la sala de conferencias—informó D. S., contemplando el papeleo acumulado con una sonrisa—. Y les he prometido que la reunión sería corta. Les he dicho que tenías mucho trabajo que hacer.

Kel alzó la vista hacia el director científico adjunto. Los ojos de este brillaban demasiado para tratarse simplemente de la mañana de un día laborable, especialmente porque para Kel era la segunda mañana en el transcurso de solo veintidós horas. Y tampoco podía evitar percibir en su voz ese desagradable tono que venía a decir: «La verdad es que ser tú da asco».

—¿Puedes creer que haya aquí tantos expedientes?—preguntó Kel.

—Pues espera a abrir el correo electrónico. Yo estuve enfermo dos días, y a la vuelta tenía más de quinientos esperándome. Apuesto a que tú tienes mil, mil quinientos fácilmente.

—Genial, justo lo que necesitaba—contestó Kel, poniéndose en pie. Le sacaba a D. S. unos cinco centímetros de altura, pero aún estaba agarrotado después del viaje en avión, así que en ese momento los ojos de los dos estaban al mismo nivel—. ¡Ah!, y, a propósito, ¿estás preparado para una buena noticia? El director me ha enganchado al entrar, en la puerta. Parece ser que el secretario de defensa ha decidido que tiene que venir a ver el CILHI. Según me han dicho, vendrá el próximo viernes. Seguimos siendo la atracción turística más concurrida de la isla.

—Sí, pero míralo por el lado positivo: al menos nos libraremos de todas las colillas del aparcamiento—sonrió D. S.—. Vamos, la gente está esperando.

Provincia de Quang Nam, República de Vietnam

Miércoles, 12 de octubre de 1966

Al principio al teniente Dwayne Crockett le costó orientarse. La cabeza le daba vueltas, y el fortísimo olor a queroseno y a tierra quemada le producía picor en la nariz y le hacía salivar como si estuviera a punto de vomitar. Todo había cambiado, pero él no había contado con eso. Cerró los ojos y pudo verlo: la imagen estaba impresa en su mente, sabía que jamás olvidaría ni un solo detalle. Ni un insignificante y descriptivo detalle.

Pero todo había cambiado.

El bombardeo de napalm que había segado la vida de Jimmie Carl Trimble, ese bombardeo de napalm que Dwayne Crockett había ordenado ejecutar sobre el punto exacto en el que se encontraba el médico de su pelotón, había logrado su objetivo de proporcionarles el tiempo suficiente como para sacar de allí al resto de los hombres. Y luego los sucesivos vuelos de los F-105 Thunderchiefs y de los Corsarios del Cuerpo de la Marina habían trazado de nuevo el panorama de toda la zona, transformándolo en el negro paisaje lunar que Dwayne contemplaba en ese instante.

Todo había cambiado.

Había perdido a siete hombres, incluyendo a su médico y amigo, y otros tres más estaban heridos. Y eso solo en su pelotón. Otros dos pelotones más habían sido atacados a poca distancia de allí. En total, la operación *Asalto del Dragón*, como la había llamado uno de los oficinistas calientasillas del cuartel general, había costado la vida de treinta y un marines y un soldado del Cuerpo de Médicos de la Marina: el soldado del Cuerpo de Médicos de la Marina de Dwayne Crockett, Jimmie Carl

Trimble. Como era de esperar, el SITREP, el último informe diario y actualizado de la situación que enviaba el cuartel general a diversos destinatarios para mantenerlos informados, aseguraba que la operación había sido un abrumador éxito tanto táctica como estratégicamente. Por supuesto, el informe solo se hacía para que quedara constancia, por miedo a que los hechos acabaran por confundir después todo el asunto. El enemigo había sido dañado gravemente: había retrocedido a sus posiciones de hacía varios meses, si no más, y tenía la moral por los suelos. Quizá todo eso fuera cierto, pero lo único que Dwayne sabía era que tanto él como sus hombres le habían ofrecido sus culos en bandeja de plata al enemigo con un abrumador éxito, y que a partir de ese momento él llevaría colgados al cuello los fantasmas de siete hombres muertos para el resto de su vida.

Al principio el comandante en jefe no había querido que Dwayne dirigiera la misión de recuperación de los cuerpos. Era demasiado inexperto y estaba demasiado involucrado personalmente en el asunto, había dicho «el Viejo». Pero todo eso había sido antes de que Dwayne insistiera casi hasta el punto de la insubordinación. Así que por fin estaba otra vez allí, sobre la superficie del jodido Marte, tratando de orientarse. Había querido volver a la zona caliente de inmediato. Igual que casi todos los hombres. Prepararse a toda prisa y volver otra vez. En el mismo día. Pero, en vez de eso, les habían dicho que tenían que esperar. Así que esperaron. Y esperaron. La zona había tardado seis días en enfriarse, hablando en sentido figurado si no literal; y durante ese tiempo Dwayne apenas había pegado ojo. Había perdido a otros hombres antes, a demasiados hombres teniendo en cuenta el poco tiempo que llevaba de servicio, pero jamás de esa forma. Nunca se había jugado tan claramente la vida de otro hombre para salvar la suya. Todo el mundo había asegurado que él había hecho lo correcto; todos estaban de acuerdo en que había hecho lo que tenía que hacer; todos decían que les había salvado la vida a sus hombres. Incluso lo habían propuesto para una medalla. Pero él jamás dejaría de hacerse la misma pregunta.

¿Lo había hecho para salvar a sus hombres?

¿O para salvarse a sí mismo?

Durante esos seis largos días había vuelto a oír la conversación por radio en su mente una y otra vez. La oía despierto y dormido. *Haz la llamada, teniente... Semper Fi... No necesitas pedir perdón, amigo...* Una, y otra, y otra vez. Y luego el último y enigmático mensaje... ¿cómo era? Apenas había podido oírlo con el zumbido de los jets, acercándose. ¿Le estaba pidiendo un favor?, ¿le estaba suplicando?, ¿cómo era, exactamente? «Llámame...», le había pedido Jimmie Carl, pero luego Dwayne no había

oído más que interferencias, no había sentido más que el muro de calor y el olor grasiento del queroseno.

¿Llamarte qué, Jimmie Carl?, ¿llamarte qué?

Aquello había ocurrido seis largos días atrás. Por fin estaban de vuelta, habían vuelto con refuerzos. Habían vuelto con un propósito y una fuerza de voluntad de la que habían carecido en la ocasión anterior. El pequeño equipo de recuperación de cuerpos de Dwayne iba acompañado por dos compañías de Infantería de la Marina y el suficiente apoyo aéreo, volando en círculos sobre la zona, como para arrasarse las colinas del este del Tennessee de su infancia.

Como era de esperar, los cinco primeros cuerpos se localizaron con relativa rapidez. Estaban en campo abierto, y con el calor y la humedad habían comenzado a corromperse muy rápidamente. En solo seis días, la descomposición estaba ya en un estado avanzado: huesos medio marrones medio amarillos, con delicados e irreconocibles pedazos de carne y masas de tejido húmedo. Y gusanos. Por todas partes. Millones de ellos. Encontraron los cuerpos cerca del pequeño claro verde donde los vietnamitas habían atacado a los hombres de Dwayne por primera vez, poco menos de una semana antes. La mayor parte de la tormenta de mierda desatada por los Thuds y los Corsarios había caído a un paso al sur y al sudoeste de allí. Había dispersas por la zona algunas piezas de artillería, en su mayoría bombas antipersona, y un par de esos cuerpos estaban parcialmente fragmentados. También había allí algunos cuerpos de vietnamitas, pero a juzgar por las heridas, probablemente habían muerto a manos de los hombres de Dwayne y no por la lluvia de metal desatada desde las alturas.

Pero era más al sur donde Dwayne estaba teniendo dificultades para encontrar la posición exacta. Jimmie Carl se había puesto a cubierto en el pequeño cráter de una bomba, cerca de un grupo de árboles y de gramíneas. Pero, ¿dónde estaban esos árboles? No quedaba de ellos más que un montón de astillas, y el maldito claro al completo no era en ese momento más que un cúmulo de cráteres.

Todo era un enorme y negro mar de cráteres de bomba en cien metros a la redonda.

Todo había cambiado.

Les llevó sus buenas tres horas localizar el lugar, y durante ese tiempo el equipo de hombres que hacía de paraguas protector de Dwayne comenzó a ponerse cada vez más ansioso. La conversación subía de tono y los hombres caminaban de un lado a otro, cada vez más rápidamente, conforme subía el nivel de adrenalina, que llegó hasta un punto más allá de toda posible eficacia. A ningún hombre le hacía gracia la idea de morir para

recuperar los cuerpos de los que ya estaban muertos, a pesar del juramento de todo marine de no abandonar jamás a un compañero. Cada minuto transcurrido en aquel paisaje lunar era, a sus ojos, como apostar otra vez a los dados. Las conversaciones fueron subiendo de tono progresivamente, pero Dwayne se negaba a oírlas. Había decidido de antemano matar al primer hijo de puta que intentara echarse atrás en esa misión de recuperación, fuera cual fuera su rango. Ya había abandonado una vez a Jimmie Carl Trimble, y no volvería a hacerlo.

Finalmente un joven hispano, soldado de primera clase, encontró el cuerpo. Siguió la pista del ruido de una interferencia eléctrica muy semejante a la vibración de una vieja luz de neón a punto de estallar, y resultó que se trataba de un enorme enjambre de moscas.

Y fue en ese momento cuando sus otros sentidos tomaron el relevo.

Cuando Dwayne llegó al cráter, le llevó un buen rato darse cuenta de que aquello con lo que veía que estaban trabajando sus hombres era un cuerpo humano, y no uno de los numerosos troncos de árbol chamuscados y esparcidos como la paja, caprichosamente, por el claro. La parte inferior del cuerpo de Jimmie Carl, las piernas y las caderas, habían desaparecido. Jamás se encontraron. La parte superior, la cabeza y el torso, estaban carbonizados y goteaban un fluido de color amarillo claro. Los músculos de los brazos se habían contraído con el calor, de modo que estaban rígidos y levantados hacia delante, como los de un perro que rogara por las sobras de la mesa. Pero era un cuerpo. Una vez que tu cerebro lograba dar forma a los bultos, resultaba inconfundible. Y era el cuerpo de Jimmie Carl: Dwayne no necesitó inclinarse para examinar las negruzcas placas de identificación, visibles en medio de la pared del pecho carbonizado. Era el cuerpo de Jimmie Carl: un par de fórceps quirúrgicos, fundidos a la izquierda del tejido del pecho, justo donde los llevaba guardados Jimmie Carl, en el bolsillo izquierdo, le bastaron como prueba.

Dwayne Crockett se apartó mientras dos de sus hombres utilizaban las culatas de sus rifles para girar y verter los restos dentro de un saco verde.

¿Llamarte qué, Jimmie Carl?, ¿llamarte qué?